

## DIARIO DE UNA HUIDA

Mis ojos se cierran recordando las pesadillas de aquellas imágenes de odio y muertos y a mi madre cubriéndome la cara de besos con la intención de que yo no viera nada. Mis piernas cansadas se arrastraban, llevadas por unos pies que caminaban a la deriva, sin rumbo y sin proyecto.

¿Cuántas lunas han pasado?

Protegido por los brazos y el cuerpo de mi madre y bajo la mirada triste y preocupada de mi padre, avanzábamos autómatas, desorientados y con el miedo metido entre los huesos. Un viaje interminable, sin futuro y sin retorno.

¿Qué hemos hecho nosotros? Era la pregunta que salía de los labios de mi padre, una y otra vez. Sus ojos, apagados, rojos por el polvo del camino, miraban al cielo y a Dios pedía, rogaba, lloraba, pero ninguno de nosotros lo sentíamos presente.

El niño, el pequeño de la casa tenía sueño. En solo tan poco tiempo, había aprendido mucho. A callar, cuando el silencio era el salvaguardia de nuestras vidas. A pasar hambre, porque tan solo se podía beber un vaso de agua (había que racionarla). A no quejarse, porque nada se podía hacer y a no sentir sueño y a no poder dormir, porque entonces sería una carga muy pesada para ellos. Y, así, bajo el yugo del dolor y la desesperanza, aún tenía fuerzas para soñar. Soñaba con la calidez de mi casa. Ahora destruida. Con mis amigos; nos pasábamos mucho tiempo jugando a las chinas, a la pelota, mi bicicleta. \_ ¡Si la tuviera ahora sería menos molesto para mis padres!\_, hasta que no pudimos salir y estábamos todo el día escondidos. Empecé a comprender que mis sueños empezaron cuando yo era muy, muy niño y que acabarían aquí, siendo igualmente muy niño.

Dejamos atrás lo más querido: la familia, pero también lo más temido, el ruido de las bombas, las violaciones, sangre y el olor a muerte, pero no con ello el dolor disminuía. Se hacía mayor. No sabíamos dónde íbamos y cuanto duraría aquella procesión de personas caminando sin rumbo, con el cielo sobre sus cabezas y la tierra bajo sus pies.

Llegamos a un lugar llamado campo de refugiados. Así me lo explicó mi padre. No es lo mejor, decía a mi madre como queriéndola convencer de que debíamos quedarnos allí. Otras personas continuaron el camino.

Después de pasar mucho tiempo, a la espera de que los organizadores llegaran a nosotros, nos asignaron una tienda. Un pequeño espacio donde apenas había sitio para los tres, pero nos pareció un palacio. Yo no había visto nunca tantas personas juntas.

Sorprendentemente y, a pesar del ruido que a veces nos rodeaba, dormimos dos días seguidos. En esos dos días ni comimos ni bebimos. Mi madre no despertó. Mis padres me habían colocado entre sus dos cuerpos. Me despertaron los sollozos de mi padre. Hablaba con otros señores y lo que salía de sus labios era: Fiebre. Eso fue lo que se había llevado a mi madre, la fiebre. En los últimos días la había visto muy cansada y muchas veces la sorprendí mirándome con los ojos

llenos de lágrimas. Más tarde, me reprendí yo mismo al no haber entendido el significado de esa mirada.

Nunca había visto a mi padre con tanto dolor y desesperación. Se quedó mudo.

No hubiera sabido las lunas que se iban sucediendo si no fuera por las rayas que mi padre se hacía en su propia piel. Fueron incontables. Allí, me hice un poquito memos niño. Después de la muerte de mi madre, las personas que teníamos alrededor se portaron muy bien con nosotros. Las mamás de otros niños me lavaban cuando lo hacían a sus hijos. Afortunadamente, para mí, hice amiguitos. Volví a reír, jugar y compartir; algo que no olvidaré jamás. Como tampoco olvidaré jamás y que me tenía embelesado: el cielo puro que, sentado entre las piernas de mi padre, contemplaba en muchos momentos del día y de la noche. Aún recuerdo como cuando estos se empezaban a poner rojizos, poco después, llegaba el espectáculo. El cielo oscurecía y cuando dominaba la noche se llenaba de millones de puntitos brillantes que se movían revoltosos ante mi vista. Las estrellas pequeñas eran, para mí, las hijas de aquellas que lucían con más fuerza y eran más grandes.

A veces, mi padre se olvidaba de mí, hundido en su tristeza. Otras, me repetía constantemente: ¡No te separes de mí!, y yo seguía a rajatabla sus órdenes. No me separaba de él. Nuestros cuerpos parecían uno solo cuando nos movíamos a recoger el escaso alimento que nos daban.

Un día comprobé que mi padre no estaba bien. Estaba enfermo. No había dicho a nadie nada. Pero cada vez eran menos las fuerzas que tenía y más las horas que permanecía tumbado. Le trasladaron a otra tienda para poder ser atendido lo más cercanamente posible. Me quedé solo. Aquella noche, el dolor y las lágrimas no me permitieron ver las estrellas.

Me dejaron verle durante algunos días. Una mañana, alguien me explicó que mi padre se había ido con mi madre. Inmediatamente, me llevaron a una tienda mayor donde todos éramos niños, excepto algunos mayores que hacían de cuidadores.

Muchas lunas pasaron, tantas como cicatrices tenía mi cuerpo. Pasado algún tiempo, un compañero me preguntó a qué se debían tantas señales por mis brazos y piernas. Crecí envuelto por el polvo y la huella del pasado. Se produjeron muchos cambios internos en mi persona. Empecé a considerar las consecuencias de mis acciones y, al fin, me decidí.

Era un adolescente, pero pedí me dejaran trabajar en las tareas del campamento. No quería quedarme mudo, como mi padre. Mi trabajo fue agradecido y valorado por las personas que, un día y en aquel árido lugar, levantaron un campamento temporal, \_desgraciadamente, hoy día permanente\_, con el fin de socorrer al ingente número de personas que huían de la violencia de su país, en condiciones de vida muy duras.

Me encargué de la comunicación con el exterior. Dentro del campamento y gracias a la ayuda de un voluntario extranjero, aprendí la lengua que necesitaba para poderme desenvolver. Salí, por primera vez de allí, para negociar la

adopción de varios niños huérfanos. Me gustaba mi trabajo. Me esforzaba en transmitirles la confianza y tranquilidad que yo no había tenido. A veces, también, yo me derrumbaba. Todo lo hacíamos en condiciones muy malas y extremas.

Hoy, después de unos cuantos años, sigo trabajando en lo mismo. No sabría hacer otra cosa. He cambiado las estrellas por proyectos. Las cicatrices por arrugas. No olvido mi pasado y el camino andado. Trabajo y sufro por los que padecen. Cubro a mi hijo con el manto de la solidaridad, el respeto, la ternura, la tolerancia. Y yo, como mi padre, sigo mirando al cielo, pidiendo, pidiendo, pidiendo...

\* \* \* \* \*